

1116

Suplemento cultural el tlacuache

CENTRO  INAH MORELOS

Viernes 16 de febrero, 2024

Arte rupestre Un panorama general

Alatiel de la Mora



Suplemento cultural el tlacuache, núm. 1116, viernes 16 de febrero de 2024, es una publicación semanal editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Cultura, Córdoba 45, col. Roma, alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06700, Ciudad de México.

Editor responsable: Mitzi de Lara Duarte.

Página web: <https://www.revistas.inah.gob.mx/index.php/eltlacuache>

Correo: tlacuache.mor@inah.gob.mx

Reservas de derechos al uso exclusivo: 04-2023-072713391600-107.

ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derechos de Autor.

Responsable de la última actualización de este número: Mitzi de Lara Duarte.

Centro INAH Morelos. Dirección: Mariano Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos. Fecha de última modificación: 16 de febrero de 2024.

Las opiniones vertidas en los artículos del Suplemento cultural el tlacuache son responsabilidad de los autores.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin la previa autorización del Instituto Nacional de Antropología e Historia.



Órgano de difusión de la comunidad del INAH Morelos

Consejo Editorial

Erick Alvarado Tenorio

Giselle Canto Aguilar

Eduardo Corona Martínez

Miriam García

Raúl Francisco González Quezada

Mitzi de Lara Duarte

Luis Miguel Morayta Mendoza

Tania Alejandra Ramírez Rocha

Karina Morales Loza

Coordinación de difusión

Emilio Baruch Quiroz Tellez

Formación y diseño

Centro de Información y Documentación (CID)

Apoyo operativo y tecnológico

Crédito portada/contraportada:

Fotografía: Alatiel de la Mora.

Sigue nuestras redes sociales: [f](#) [@](#) [v](#) [d](#) /Centro INAH Morelos

Fotografía: Alatiel de la Mora.

Arte rupestre

Un panorama general

Alatiel de la Mora

Las manifestaciones gráficas rupestres, más conocidas como “arte rupestre”, son los dibujos, grabados y pinturas en piedra realizadas por personas desde hace miles de años. Se hacían con las manos y burdos pinceles, así como con piedras o herramientas más duras que las rocas en las que se plasmaba el diseño. Para su catalogación y estudio se les divide en pinturas, petrograbados y geoglifos.

Suelen encontrarse en cuevas, paredes o refugios rocosos, sitios naturales que servían como guarida o puntos de descanso. Por estar en cavernas, acantilados y otros espacios rocosos naturales, es por lo que no se les puede observar en nuestro contexto urbano inmediato sino en las áreas naturales, cerca de ríos, bosques y, en algunos casos en áreas destinadas como tierras de cultivo.

Quienes las llevaron a cabo, plasmaron a través de ellas lo que veían y vivían de cotidiano; también pintaron escenas simbólicas y fantásticas, que nos hablan de sus creencias y de su identidad. Se cree que, además, pudieron funcionar como marcadores territoriales e, incluso, como una especie de señalética de caminos, como registro del tiempo (calendario), de las estaciones y de los movimientos planetarios (equinoccios y solsticios), entre otras muchas posibilidades, ya que sus motivaciones pudieron ser infinitamente variadas.

Están asociadas sobre todo a grupos humanos de la prehistoria y a sociedades nómadas, sin embargo, como su nombre lo indica, ‘rupestre’ significa hecho en las rocas, por lo que es posible encontrar manifestaciones rupestres ejecutadas durante el periodo virreinal, antes de que otras técnicas alcanzasen una mayor popularidad.





Fotografía: Alatiel de la Mora.

Los motivos más comunes, representados de manera muy esquemática, son manos, líneas, figuras geométricas, personas, animales, plantas y escenas de caza o rituales. Los principales colores empleados son el negro, el blanco y los tonos rojizos por ser los que con mayor facilidad se extraen de la naturaleza. Esto es, la hematita para las tonalidades rojas, goethita para las amarillas, calcita y dolomita para los tonos blancos y carbón (negro de humo) para algunos diseños negros.

En las representaciones antropomorfas las hay de ambos sexos, de diseño simple o más elaborado, algunas con vestidos y/o tocados de cabezas de animales, así como escenas de caza, de gente atacada por animales, guerreras/os, estandartes, figuras geométricas, el Sol, la Luna, ríos y montañas a manera de mapas antiguos y signos variados.



Resultan misteriosas debido a la dificultad para fecharlas, de determinar a qué cultura pertenecen, de distinguir los motivos en sus formas particulares e, incluso, a causa de lo complicado de acceder a ellas físicamente, ya que los cambios en el terreno y el paisaje conllevan a menudo una cierta dosis de aventura y riesgo.

Estudiarlas a fondo implica por fuerza un trabajo interdisciplinario; pueden abordarse desde la historia del arte, la arqueología, la antropología, la química de materiales, la restauración, el simbolismo, las religiones antiguas, etc. Forman parte de la cultura popular (quién no ha visto esas ilustraciones de cavernícolas pintando en cuevas) y, sin embargo, son de los bienes culturales cuyo principal factor de deterioro es la actividad antropogénica.



Si bien las manifestaciones gráficas rupestres abundan en el país, pues se tiene conocimiento y registro de la existencia de alrededor de sesenta mil sitios con este tipo de patrimonio, sus particulares características las vuelven sumamente frágiles y susceptibles de desaparecer.

Su ubicación, como ya se mencionó, en espacios rocosos naturales suele estar alejada de grandes centros urbanos (con raras excepciones) y se relaciona más bien con comunidades rurales. En muchas ocasiones, estas manifestaciones artísticas primitivas continúan fuera del alcance del gran público, sólo visibles en recorridos de reconocimiento arqueológico, aunque a veces llegan a formar parte de la dinámica de las poblaciones que aún tienen acceso a estas zonas naturales, ya sea porque se encuentran en un paraje agradable o en un camino transitado. En materia de conservación, ambos aspectos parecen polarizarse en cuanto a los riesgos que los atraviesan.

En el primer caso, cuando se encuentran lejos del fácil alcance, la exposición a los elementos naturales ha acelerado el deterioro del arte rupestre por razón de la abrasión eólica, los cambios bruscos de temperatura y la falta o el exceso de lluvia, entre muchos otros factores. En especial en el último siglo, caracterizado por la alteración del medio ambiente, cuya intensidad va en aumento constante en relación directa con la deforestación, la erosión del suelo y la prevalencia de una agricultura intensiva y de monocultivo. Es fácil visualizar cuevas cuya humedad ha disminuido en forma drástica en los últimos diez años por la desviación de ríos y por la sobreexplotación de mantos freáticos. A esto se suma su frágil composición material, es decir, sus colorantes o pigmentos naturales, posiblemente sin aglutinantes.

En el segundo caso, es frecuente encontrarlas vandalizadas, ya sea con grafitis y/o incisiones, con golpes dados con la intención de desprender fragmentos y sustraerlos o, irónicamente, con marcas y mensajes recientes para futuros caminantes, hechos con la simple intención de decir: "yo estuve aquí".

Fotografía: Alatiel de la Mora.

En cierta manera, continúan siendo parte de la población y esto también ha dado pie a tradiciones, mitos y leyendas que han cultivado una relación particular pero que depende mucho de la valoración, positiva, negativa o neutra que se tenga de estas manifestaciones gráficas, lo cual tiene un impacto directo en su preservación.

En el estado de Tlaxcala, mi lugar de residencia y trabajo, he tenido contacto con algunos sitios con este tipo de arte rupestre. Es remarkable que los he conocido realizando senderismo antes que en recorridos propiciados por el INAH. Existen tres zonas en particular, denominadas “La Cueva del Diablo” en el municipio de Totolac, las “Pinturas Rupestres de Atlihuetzian” en Amaxac de Guerrero y las de “Barranca de Cuamila” en Emiliano Zapata que comparten el destino de una desaparición inminente, aunque esto se deba a diferentes factores, eso sí, todos antropogénicos.

“La Cueva del Diablo” es una gruta que se encuentra a las orillas de San Juan, cabecera municipal de Totolac. Se ubica justo entre campos de cultivo y una serie de peñas que en la actualidad son usadas como lugar de recreo familiar de fines de semana. Sin embargo, al estar ligeramente desviadas del camino principal a la peña más alta, suelen ser visitadas por personas que se ocultan para ingerir bebidas alcohólicas. Su apelativo nos permite darnos una idea de la historia que la comunidad se cuenta acerca de ellas, y esta no es positiva. Por lo anterior, no sería extraño que quienes se reúnen ahí para beber lo hagan como un acto “temerario” y, para dejar constancia de su hazaña, marquen o pinten sobre el arte rupestre que ahí se encuentra.

El vandalismo a estas pinturas ha sido tanto y tan continuo que su restauración no sólo implica un gran reto técnico sino que, al no contar con protecciones para evitar el paso (una medida que tampoco asegura su preservación) ni los recursos para llevar a cabo una campaña de difusión a fin de fomentar su preservación y valoración como monumento histórico, es cada vez más difícil observar los restos de pintura bajo las capas de grafitis.

Fotografía: Jazziel Lumbreras.





Fotografía: Jazziel Lumbieras.

El caso de las “Pinturas Rupestres de Atlihuetzían” es quizás el más complicado por estar expuestas al flujo de agua contaminada y con alta acidez ya que están en una zona de cascadas en la ribera del río Zahuapan, en el que se vierten los desechos de maquiladoras de ropa de los municipios cercanos y es, a su vez, uno de los afluentes tributarios del Río Atoyac, el río más contaminado del país.

Fotografía: Zurya Escamilla.

Esto ha provocado la pérdida de las pinturas ubicadas en los niveles más bajos y cercanos al agua y, a causa de la abundante espuma ácida (que llega a alcanzar hasta dos metros de altura) y al vapor, las piedras en las que están plasmadas se encuentran en proceso de degradación y desprendimiento, por lo que aún las pinturas de las zonas más altas se han visto afectadas. La elevada contaminación limita incluso la atención puntual por parte de especialistas debido al riesgo sanitario, es preciso que primero se aprueben políticas de saneamiento y protección al río antes de considerar una intervención directa sobre estas pinturas.





Fotografía: Francisco Montiel.

Las pinturas de la “Barranca de Cuamila” en Emiliano Zapata se encuentran en un abrigo rocoso al pie de un arroyo, al fondo de una barranca. Si bien presentan algunos rayones y grafitis, el daño no es extensivo, no obstante, su preservación se pone en riesgo por otro factor: la extracción de recursos naturales.

En la parte alta del terreno se encuentra un aprovechamiento de piedra, una cantera, que extrae y comercializa lajas de gran tamaño que se usan como acabado arquitectónico (pisos, cubiertas, etc). Los sobrantes y recortes de este material son lanzados por la orilla de la barranca, apilándose en el fondo hasta casi alcanzar el borde de la misma. En 2018 se realizó una inspección por parte del Centro INAH Tlaxcala y se comprobó que esto ya estaba prácticamente invadiendo la zona de las pinturas. Al tratarse de un terreno particular, se hicieron las recomendaciones pertinentes para evitar el daño a las pinturas y se buscó asegurar el compromiso tanto del propietario como del presidente municipal, sin embargo, ha sido complicado alcanzar el equilibrio entre las actividades comerciales del dueño y la protección a las pinturas, sin mencionar el medio ambiente, ya que el paisaje ha sido modificado de forma notable. A finales del 2023, cinco años después de ese acuerdo, aunque los montones de piedra están alejados de la pared de piedra, se apilan como una montaña que ya no permite ver el río ubicado a escasos metros.

Fotografía: Alatiel de la Mora.





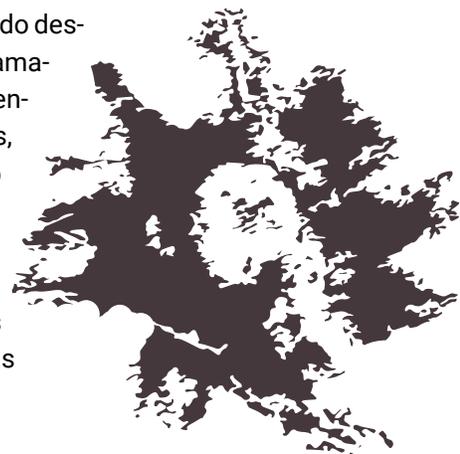
Fotografía: Alatíel de la Mora.

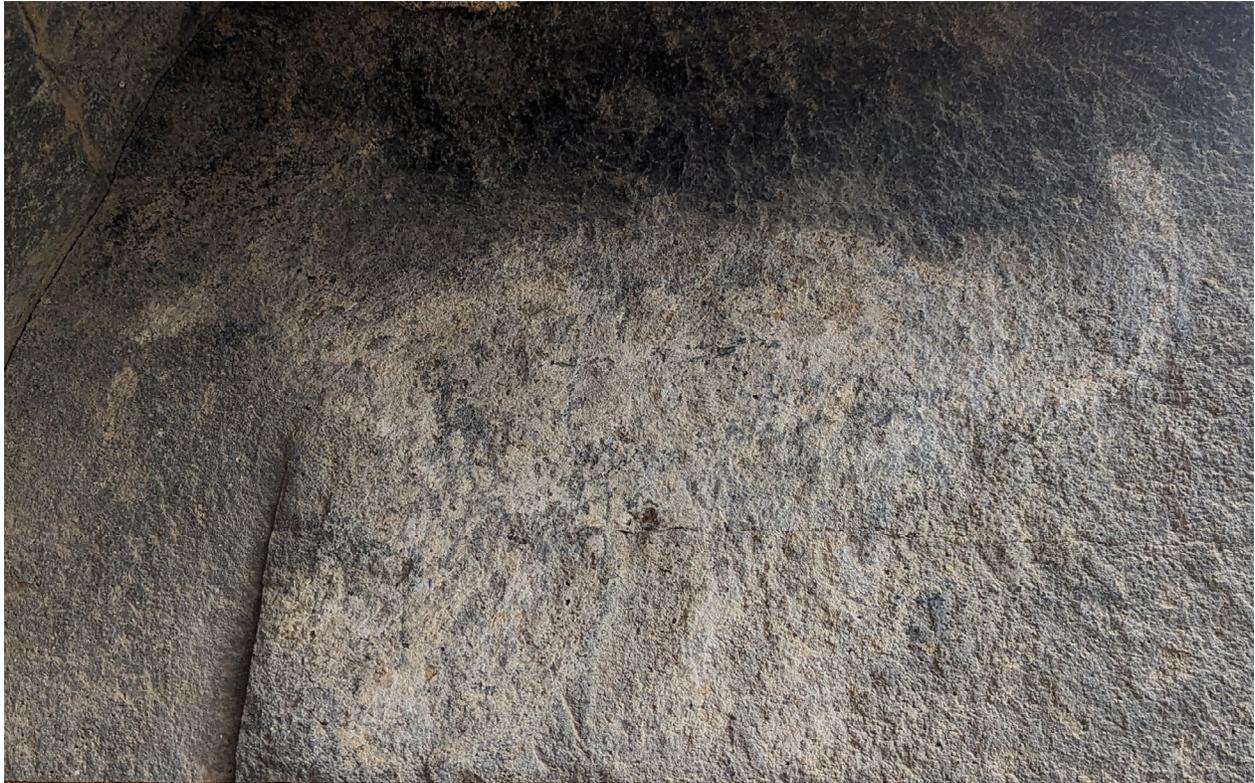


Fotografía: Alatiel de la Mora.

Aún son perceptibles varios motivos como algunas líneas que siguen la forma de un cuadrado, un par de manos al negativo, medias lunas y chimalis, un felino, un rostro y otros motivos que fueron registrados en 1988 por el INAH, el resto ya no se alcanza a percibir. Al impedimento de la piedra amontonada se suma la gran cantidad de polvo que se desprende del desperdicio de piedra, la cual ha ido asentándose sobre el área de las pinturas que, en conjunto con el agua de lluvia, ha resultado en una capa gruesa y difícil de remover, sobre todo debido a la porosidad original de las rocas.

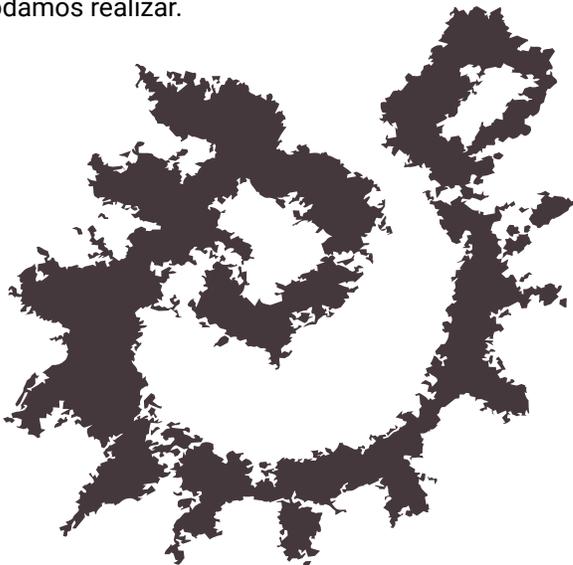
Por otro lado, la extracción masiva de la cantera parece estar generando fisuras que corren por las paredes de la barranca, no siendo excepción el abrigo donde están las pinturas. Esto ha generado desprendimientos de todos tamaños de las piedras y sedimentos de las zonas superiores, lo cual implica un riesgo adicional al estudiarlas o intervenirlas considerando que para llegar a las pinturas hay que caminar por las montañas y pilas de piedras filosas y resbaladizas.





Fotografía: Alatiel de la Mora.

Sirvan estos tres ejemplos como muestra general de la condición actual de las manifestaciones gráficas rupestres, a sabiendas de que existen casos afortunados y de éxito en su conservación y proyección a futuro, es importante reconocer el estado latente de desaparición que se cierne sobre éstas a fin de generar conciencia no sólo de su existencia, sino de su relevancia histórica e identitaria que no depende únicamente de las instituciones oficiales, sino de los esfuerzos conjuntos que podamos realizar.



Glosario

Pintura rupestre. Consiste en agregar pigmentos directo a la roca, esto podía hacerse estampando las manos, haciendo los diseños con los dedos, usando pinceles de pelo de animales (o cabello humano) o incluso soplando los pigmentos con la boca. Para esto, las paredes de rocas o cuevas podían prepararse previamente alisando su superficie.

Petrograbado. Este se lograba tallando la piedra, desgastándola o golpeándola con otra herramienta de roca (más dura) para lograr incisiones y texturas.

Geoglifo. Consiste en la creación de diseños o dibujos apilando piedras de diferentes tamaños, este tipo de manifestaciones suelen apreciarse mejor de lejos y a cierta altura.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

